

Historia de un Monasterio que desaparece del solar donde se implantó la Reforma Agustiniiana, en Eibar

por

Alfonso M. Tejada

Entre las grandes pérdidas sufridas por Eibar durante la última guerra, no es la menor, aunque sí, tal vez, la menos importante para el vulgo, la destrucción del Monasterio de la Purísima Concepción de Agustinas Recoletas. Insigne fundación y primera casa de la reforma agustiniana, de la que no queda piedra sobre piedra, ni esperanza de su reconstrucción, por haberse vendido ya el solar mismo, donde se obraron tantos milagros, con indiferencia y desamor rarísimo de la misma Comunidad e indiferencia del pueblo, que tenía en él, otra historia gemela, en santidad y renombre, a aquel otro S. José de Avila, gloria muy preciada y única, de la ciudad.

Porque aun, fueron almas gemelas, la de la Venerable Mariana de S. José, fundadora de la Reforma y Monasterio de Eibar, y la de Sta Teresa de Jesús, y tan parecidas en el espíritu, que leyendo sus escritos las confundiera uno.

Poco se ha escrito en nuestros historiadores, ni sobre la V. M. Mariana de S. José, ni sobre la fundación de la primera casa de la reforma en Eibar, con estar envuelta su fundación en tantos prodigios y revelaciones, que la hacen ser uno de los monasterios más famosos y extraordinarios en la historia monástica, pero raya en lo inconcebible, la ignorancia que de él y de su historia, había y hay, aun entre las personas cultas de nuestro país y aun en las personas religiosas, que han visto desaparecer el monasterio sin una protesta, sin una queja y sin tan siquiera un ¡ay!, que fuera testimonio del pesar de un pueblo culto y amante de sus tradiciones e historia.

Por eso, quiero, suene por lo menos, mi ¡ay!, desde las páginas

de esta revista de los Amigos del País y como recuerdo de un monasterio glorioso, que desaparece de su solar santo y secular, hilvanar algunos datos de su historia.

Ajena vivía la Venerable Madre Mariana de S. José en su convento de Agustinas de Sta. Cruz de Ciudad Rodrigo, de toda noticia sobre Eibar, ni de las tierras de Vizcaya, como entonces se decía a todo nuestro país, cuando Dios se encargó de empezar a manifestarle los principios de la fundación y nueva reforma, entre aquellas alejadas y abruptas montañas de Guipúzcoa. Ella misma nos lo dice, en sus escritos.

“Estando un día leyendo en el libro de la vida de la Sta. Madre Teresa de Jesús, llegando a la fundación de Avila, se me dió a entender, yo no sé cómo, ni quién, ni fué con palabras; mas con gran certeza entendí, que yo también saldría de aquella casa y fundaría *otras a donde Nuestro Sr. se serviría mucho*. Como yo era tal y a mi parecer era aquello tan dificultoso, comencé a turbarme mucho y pareciéndome era el demonio, arrojé el libro de mí y santiguándome, dije, dentro de mí: ya no me faltaba otro mal en que caer, sino tener hablas del demonio y embustes suyos”... “Yo soñé una noche, que yendo a visitar a una religiosa enferma, estaba con ella la persona que he dicho (cierta religiosa que había levantado una calumnia a la Venerable y a su hermana), la cual, me decía algunas palabras de enojo y yo las sufría, mas no por eso dejaba de decírmelas y queriéndome ir yo a la celda, cuando iba a salir, vi entrar a Cristo Nuestro Señor, como cuando andaba en el mundo, traía consigo al glorioso S. Padre, S. Andrés y S. Juan Evangelista y tomándome de la mano y mirando a las que allí estaban, dijo: Así la tratan...!, pues yo la pondré *entre mis escogidas*, y llevándome del brazo, me puso en una procesión de monjas vestidas de blanco, las cuales yo no conocía, sino una, que fué la compañera que saqué cuando salí de Sta. Cruz: delante de toda la procesión iba Cristo Nuestro Señor y yo detrás de todas. Deste sueño desperté con gran alegría, aunque luego se me olvidó, sin poderme acordar de él hasta la fundación de Eibar, que yendo con el Santísimo Sacramento en procesión, desde la iglesia mayor hasta nuestra casa, se me acordó y llevándonos con el mismo orden que he dicho, íbamos siete

monjas y no conocía yo más que a la compañera. Yo no creo en sueños, mas contando esto, me han dicho, que no fué sólo sueño."

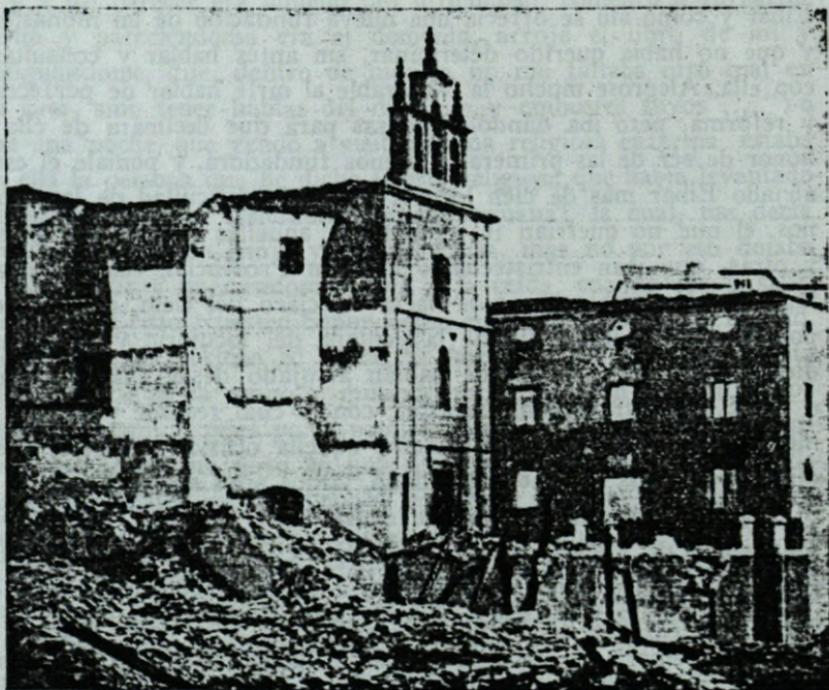
Acababa la Venerable su trienio de Priora del Convento de Santa Cruz de Ciudad Rodrigo, cuando algo retrasada la fecha, llegaba allí el P. Provincial, que era el Maestro Fray Agustín Antolínez, para proceder a las nuevas elecciones. Recriminóle la Venerable, su tardanza por la que le había obligado a permanecer, más días de los debidos, en su cargo de Priora, del que deseaba desembarazarse y echóse a reír, al oír del P. Provincial, que más deseaba él su venida, pues tenía que consultarle asuntos graves y de importancia, y oír su parecer, y que no había podido hacerlo antes, y riéndose, le dijo, que mal podría ella dar parecer en cosas tan grandes como decía eran.

Andaba el buen P. Provincial, a petición de varias religiosas de la Orden, deseosas de mayor perfección, estudiando la manera de llevar a cabo, tan gran ideal de vida religiosa y dónde dar principios a un monasterio de reformadas, donde se guardara la regla con estricta observancia y sin mitigación. Hablóle por primera vez de Eibar y cómo allí se ofrecía una nueva fundación de un monasterio y que no había querido determinar, sin antes hablar y consultarlo con ella. Alegróse mucho la Venerable al oírle hablar de perfección y reforma, pero iba dándole excusas para que declinara de ella el honor de ser de las primeras y menos fundadora, y poníale el estar alejado Eibar más de cien leguas de allí, la dificultad de los caminos, el que no querrían ir religiosas a aquellas apartadas regiones y otras, que iban entristeciendo al buen Provincial, cuando levantando la Venerable sus ojos hacia un claro del cielo, que se veía por encima de la celosía de la ventana del locutorio y "al punto, dice ella misma, pareció me habían arrojado desde allá una saeta o dardo, que atravesó mi corazón; con lo cual recordé y vi que ya me buscaba el Señor, ofreciéndome aquella ocasión para que cumpliera los deseos que me había dado, tantos años antes..."

Sucedió por este tiempo que en la Villa de Eibar vivía Doña Magdalena de Mallea, mujer de D. Francisco de Lejalde, pagador general de los ejércitos en Flandes, a la cual ocupaba la idea de levantar una ermita dedicada a la Concepción de María, junto a su casa, en memoria de un hijo que se le había muerto, cuando vino

a enfermársele de gravedad otro hijo suyo, llamado Juan Bautista. Ofreció entonces a los santos mártires S. Cosme y S. Damián, levantarles una iglesia si se curaba el enfermo, y a los pocos días, por intercesión de los santos, se vió libre de la enfermedad. Teniendo, pues, que cumplir las dos promesas, parecióle que, juntando las dos en una, con poco más gasto, podíase construir un beaterio para cuatro o seis beatas franciscanas que llevaran por titulares a la Concepción de María y a S. Cosme y S. Damián.

Estando en estos pensamientos y dilatándose la obra, volvió a recaer de nuevo enfermo Juan Bta. de Lejalde y sintiendo morir, sin haber puesto en obra su idea, a pesar de haberla ofrecido, sin resultado, a la Orden de Franciscanos Descalzos y a la Reforma del Carmen, un P. Dominicó le dijo cómo los Agustinos tal vez cumplirían sus deseos de ofrecerles a ellos la fundación. Puso inmedia-



El Convento de las Agustinas después del incendio. (Foto Ojanguren. Eibar)

tamente en ejecución el consejo y escribió a un pariente suyo, que vivía en Valladolid, para que tratara el asunto con el P. Provincial, que a la sazón lo era el P. Fray Agustín Antolinez, Catedrático de Prima de Teología y más tarde Arzobispo de Santiago. Admitió la fundación y concedor del personal femenino de su Orden, que deseaban mayor perfección, puso los ojos, como en piedras preciosas, en la Madre Mariana de S. José, para que fuera la primera y fundamental del nuevo edificio de la reforma, que estaba en el monasterio de Ciudad Rodrigo, y como compañera suya a la Madre Leonor de la Encarnación, del mismo monasterio. Sacó otras dos, de Santa Ursula de Toledo, que fueron las Madres María de Jesús y Constanza, de S. Pablo. Juntáronse todas en el Convento de Nuestra Señora de Gracia, de Avila, y desde allí caminaron a Burgos, donde alojadas en la Hospedería del Convento de S. Agustín, se entretuvieron en hacer una novena al Sto. Cristo de Burgos, que se veneraba en su iglesia y allí mismo distribuyó el P. Provincial los cargos a la nueva comunidad, dándola por Priora a la Madre María de San José.

Después de varios accidentes y contrariedades, llegaron a Eibar, a siete de Mayo de 1603, donde fueron recibidas con gran alegría, por parte de la Villa y especialmente por el fundador y por su mujer, en cuya casa fueron hospedadas. Al día siguiente, acompañadas por toda la nobleza y de la gente de la villa, fueron a la iglesia parroquial, donde confesoran y recibieron al Señor las religiosas y ordenando una solemne procesión, con todo el pueblo y la clercia, trasladaron el Santísimo Sacramento a la nueva iglesia, en medio de cantos, de himnos y de salmos. Procedióse inmediatamente en la portería a darles posesión tranquila y en paz, del nuevo monasterio y cerrando la puerta regular, comenzóse la reforma el día ocho de Mayo de 1603, que fué la festividad de la Ascensión del Señor aquel año, día de S. Miguel Arcángel.

Esta casa de Eibar, fué el primer solar de la Reforma Agustiniiana, en ella se implantó la recolección y se comenzó a vivir sin mitigación, del mismo modo que Santa Teresa dió principio a la del Carmen en San José de Avila. Bendijo de tal manera el Señor

esta casa, que florecieron en ella religiosas de gran virtud y que gozaron favores de Dios singularísimos.

Un poco más de un año, permaneció la V. M. Mariana en Eibar, de donde tuvo que salir con gran sentimiento del pueblo, para la fundación en Medina del Campo y más tarde, para el de la Encarnación de Madrid, donde murió. Año fué, de pruebas horribles, de combates heroicos y de favores extraordinarios por parte de Dios, para con aquella alma privilegiada. "Luego que entré —dice ella misma— en su vida, se aquietó mi corazón por algunos pocos días, mas pasados, comnczaron a levantárseme tan grandes alborotos en el alma y a traerla tan inquieta, que yo no sabía que hacerme, ni me entendía". Durólo dos meses esta desolación y combates, mas un día que tomando el rosario para rezar vocalmente "me pareció que veía junto a mí a Cristo Nuestro Señor crucificado, con gran blancor y hermosura, y como riéndose de mí y de las congojas que traía, me parecía desclavársele la mano derecha y con ella abrazarme y tomándome la cabeza, me llegaba a la santísima, dulce y amorosa llaga de su costado..."

Otra vez, después de Maitines subió a su celda tan fatigada interior y exteriormente que cayó desvanecida sobre la cama, quiso levantarse, mas volviendo a caer extenuada, al volver en sí, vió "a Nuestro Señor en forma corporal, mas no me pareció era la persona de Cristo Nuestro Señor, sino la de su Eterno Padre, traía en la mano un gran azote y dijome: "Ansí castigo yo a los ingratos", y mirándole al rostro, le vi los ojos tan airados que parecía me consumía, tornándome a la nada de donde me sacó, sólo hallaba en mí abominación y pecados"... "Cuando fui a Maitines aquella noche, que he dicho, que iba tan apretada, me apareció el demonio, en forma de un hombrecillo pequeño, con una sogá revuelta al brazo, decíame que para qué me cansaba de tener oración y en mortificarme en nada, porque todo cuanto hacía no valía nada, ni era de ningún mérito; a más de cansarme y de molerme, al cabo, me había de ir al infierno, y que pues esto había de ser, que me ahorcase con aquella sogá. Yo le dije que si me había de perder, que cuanto me durase la vida, quería darme una buena hartazgo de servir a Nuestro Señor, que después hiciese Su Majestad de mí lo que le diese la gana,

que bien merecido tenía cualquier castigo que me diese. Con esto, se desapareció y me dejó". En fin, fueron tales las gracias que le hizo el Señor, que dejó escrito para confusión de nuestra poca inteligencia en conservar aquel Monasterio: "Fueron tantas las misericordias que el Señor me hizo *en aquella casa*, que no sé cómo se me han de acordar "

En el Convento de Eibar, le hizo ver el Señor algo del Misterio de la Santísima Trinidad, la preguntó tres veces, como a S. Pedro, si le amaba, y a la respuesta afirmativa, le encomendó el cuidado de la reforma agustiniana; estando en oración comenzóle a representar Nuestro Señor corporalmente y no llegó más que a ver las manos, pues pidió cesaran tales favores, por miedo a no poderlos resistir.

Perfumaron los claustros del Monasterio de Eibar, santas religiosas que extendieron la reforma de su Orden, fundando otros conventos por España, y entre ellas merecen dejarse consignadas las Venerables Madre María de la Fe, tres veces Priora del mismo; María de Jesús, María Magdalena de San Agustín, Juana de San Nicolás, que yacían enterradas en aquel solar, sobre el cual ya no lloverán las gracias de santidad que fertilizaron el primer jardín de la Recolección Agustiniana.

